

cuanto es posible, presentándole bajo aspectos ó circunstancias diferentes, y ofreciendo variadas y amenas reflexiones religiosas y sociales.

Aplaudo, pues, vuestro excelente propósito, y deseo vivamente os conceda Dios salud, luces y fuerzas para llevarle á feliz término. Así lo pide este vuestro afectísimo, que os bendice cordialmente. — † JOSÉ MANUEL, OB. — Mondoñedo, 17 de julio de 1881.

~~~~~

CARTA DEL EXCMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

*Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.* — Muy señora mía y estimada diocesana, de mi más distinguida consideración: Tiempo ha que deseo expresar á V. mi satisfacción por observar en todas sus variadas producciones literarias, de incontestable mérito, la más pura y exquisita ortodoxia; pero mis múltiples y tirantes ocupaciones pastorales no me lo han permitido hasta hoy. Últimamente ha subido de punto mi satisfacción y alegría al fijar mi atención en lo mucho que tiene ya trabajado escribiendo la vida del seráfico san Francisco de Asís, con un sabor místico literario, que indudablemente endulzará el corazón y el espíritu de los verdaderos amantes de las cristianas letras que atentamente la leyeren.

Así que, después de felicitarla por el buen empleo de su talento, y dar gracias al Señor que se lo ha prodigado tan generosamente, espero no llevará á mal que la estimule á proseguir en tan útil y laudable empresa, sin abandonarla hasta su feliz terminación.

Y con este motivo, me es muy grato confirmar á V. mis anteriores ofrecimientos y repetirme su atento S. S. y Prelado, que paternalmente la bendice, — EL CARDENAL PAYÁ, ARZOBISPO DE COMPOSTELA. — Santiago, 28 de setiembre de 1881.



INTRODUCCIÓN.

~~~~~

A PENAS hay historiador que no se extienda en referir la corrupción de costumbres que precedió á la caída del imperio romano: Tácito, Suetonio, la musa indignada de Juvenal, abrieron camino á los modernos escritores para que por los excesos de Roma explicasen su decadencia. Pocos toman en cuenta otro elemento disolvente: el escepticismo romano. Escéptica era la señora del orbe: á la sonrisa de los augures se asociaba el Senado recibiendo en el Panteón los dioses de las comarcas vencidas, los monstruosos númenes de Cartago, las simbólicas divinidades del Egipto. Quizá en su origen, cuando la componían proscriptos y aventureros, creyó en sus tutelares la república romana: seguramente no creía ya, cuando ante aquel Senado indiferente Julio César pone en tela de juicio la inmortalidad del alma, cuando el más elegante de los poetas latinos comenta en verso á Epicuro. Faltó al pueblo rey, en los últimos siglos de su soberanía, el nervio del alma, la fe.

Sin embargo, por singular contradicción. Roma se manifestó intolerante, inexorable con una sola creencia. Cierto que no la profesaba ninguna gran nación aliada: eran las doctrinas de un hebreo oscuro, colgado de un patíbulo por sus mismos compatriotas con anuencia del pretor romano. Los discípulos del novador nazareno,

apartándose del teatro del cruento suplicio, se diseminan por los países gentiles, anuncian las promesas y enseñanzas de su maestro, y esparcen por todo el orbe la *buena nueva*, ó el evangelio de ellas; pero fuerza es confesarlo: si hallan donde quiera oídos y ánimos dispuestos á acogerlas, dan también con tormentos y muerte; y en Roma, allí donde cabían todos los dioses, el Dios de los cristianos carece de asilo, y ha menester ocultarse en las entrañas de la tierra. Reos de Estado, acusados, á despecho de su fidelidad al César, de revolucionarios peligrosos, sufren los moradores de las Catacumbas la más terrible persecución: la ejercida por un pueblo que ahoga el secreto remordimiento de su indiferentismo en sangre humana. En la moderna acepción del vocablo, no eran revolucionarios los adeptos de Cristo: pero no erraba Roma al tenerlos por algo especial y distinto de lo existente: sus asambleas subterráneas contenían el germen de otra sociedad: cuando los espectadores del Coliseo miraban tendidos sobre la arena los despedazados cuerpos de los primeros mártires, quizá presintieron confusamente lo que en dulces estrofas había cantado el príncipe de la poesía latina: que, próxima á bajar del cielo una progenie nueva, había de marcar una nueva era, reintegrar el grande y primer período de los siglos y abrir camino á un nuevo reinado de la Edad de oro. La eflorescencia cabal de este reinado áureo, ó de la soberanía de Cristo sobre el orbe romano, fué sin disputa alguna la Edad media.

Para lograr su advenimiento, no bastaron los humildes que ofrecían en holocausto la vida: necesitáronse los destructores que arruinasen el vetusto y ya cuarteado edificio del mundo romano. Y merece notarse cómo el Imperio, que se cebaba en los mansos hijos del Crucificado, acogió sin desconfianza á los fieros hombres del Norte. En rigor, no invadieron los bárbaros á Roma: Roma se les entregó, y ellos se posesionaron suavemente, ya del campo yermo que la escasa población latina no alcanzaba á cultivar; ya de las mermadas legiones que pedían soldados vigorosos; ya, por último, de los altos puestos que les cedía la pereza de degenerados patricios. Agricultura, ejército, generalato, consulado, todo cayó en manos del bárbaro, auxiliar del Imperio. Pero toda-

vía no alcanza esta paulatina infusión de elementos bárbaros á transformar á Roma, á concluir con el pasado, y es fuerza que concluya: escrita está su sentencia; á la invasión pacífica suceden violentas irrupciones: los bárbaros se precipitan en masa hacia la tierra deleitable en que madura el dulce racimo, en que la mies alfombra las llanuras con áureo tapiz, en que palacios de mármol contienen vasijas de plata.

No los impulsa únicamente la codicia, ni el ansia de trocar por más benignas regiones la inclemencia de su cielo, el horror de sus erizadas selvas: sienten que los impele al Mediodía fuerza providencial. — Alguien me empuja — dice Alarico al marchar sobre Roma: Atila se llama á sí propio martillo del universo, azote de Dios; la tribu más devastadora, los vándalos, se declara instrumento de la voluntad divina. Hasta la hechura de sus armas indica el oficio que á desempeñar vienen: en vez de la aguda y corta espada romana, que sólo sirve para el combate, los bárbaros empuñan su frámea contundente, su hacha doble que así abate al enemigo como hiende traves y derriba puertas. Entran por Italia arrollándolo todo, haciendo riza y estrago: no respetan las magnificencias del arte, el primor de los monumentos, las amenas quintas, los ricos muebles: destruyen como niños, sin reparo ni previsión; cabe el roto lecho de marfil y púrpura, duermen envueltos en ásperas pieles; quiebran el vaso murrino, y beben en el hueco de la mano. En compensación de tantos destrozos, los selváticos conquistadores traen á Roma lo que más necesita. Próspero y victorioso se alzaba aún el imperio de Nerva y de Trajano, cuando ya un eximio historiador latino, Cornelio Tácito, reprendiendo indirectamente la desenfrenada licencia de las costumbres y la enervación de las almas, describió á los bárbaros, á los germanos de azules ojos y bionda cabellera, encomiando su castidad conyugal, su lealtad en los contratos, su respeto á la mujer, sus toscas, pero varoniles costumbres. Raza belicosa y sobria, ansiaban los germanos percer batallando: tenían las madres por afrentosa para sus hijos la muerte natural; á los cobardes se imponía castigo simbólico, ahogándolos en fango; consecuencia de tan recia disciplina, eran ciertas prácticas feroces; apenas se tenía por delito el homi-

cidio; bañaba sus altares de piedra sangre humana; el cráneo del enemigo hacía de copa en el festín. No importa: á despecho de su braveza, la indómita horda estaba á punto para recibir la amorosa ley de los perseguidos: el Cristianismo. Creían ya los germanos en la inmortalidad del alma, mal afirmada por César y Cicerón, negada por Lucrecio, concebida por Virgilio como ensueño palingenésico; y no consideraban la vida futura descenso al vano reino de las sombras, sino entrada real en el Valhalla glorioso, donde premian eternos goces los merecimientos del héroe. De las páginas en que Tácito pinta á las mujeres bárbaras, que reciben un solo esposo, así como tienen un solo cuerpo y vida, parece que se ve surgir la austera y honesta figura de la virgen y de la esposa cristiana. La energía, gravedad y pureza de los bárbaros los señala y diputa para el apostolado, el sacerdocio y el martirio. Incapaces de comprender el refinamiento de la podrida civilización que á su paso se desmorona y cae, al momento entienden la majestad y hermosura de la joven Iglesia. Genserico y Atila retroceden, poseídos de respeto, ante el papa León; y cuando sus lugartenientes se maravillan de la conducta del huno, Atila exclama que escudando al Pontífice ha visto aparición terrible, de resplandecientes cabellos. Llegaba la invasora tribu á las puertas de alguna indefensa ciudad, y veíase salir de ella un viejo con hábitos sacerdotales, un obispo cargado de años, ofreciéndose por sus ovejas á conjurar la furia de las hordas exterminadoras: no pocas veces lo conseguía, y por su mediación se libraba la ciudad del degüello y del incendio. Así se impuso el Cristianismo á la fantasía y corazón de los bárbaros; y si fué memorable jornada aquella en que Constantino vió en los cielos el lábaro que guía á la victoria, más solemne es la hora en que san Remigio derrama agua bautismal por la cabeza del sicambro Clodoveo. Roma, decrepita y moribunda, abrazó la causa de la cruz; los bárbaros la adoptaban jóvenes y pujantes.

Unidos el mundo romano y el bárbaro, bajo leyes nuevas para entrambos, comenzó la época de transición que dura hasta el siglo VIII, y prepara la Edad media. Anticipándose á Carlomagno, meditó ya Teodorico el Imperio de Occidente; Carlomagno lo realiza. Extirpa-

dora del Arrianismo, portadora del Catolicismo á Sajonia, la raza franca produjo, no sólo al Carlos, cuyo martillo, machacando á los sarracenos en Poitiers, inicia los triunfos de Occidente sobre Oriente, sino al otro Carlos, al jefe de la cristiandad, personaje de desmesurado grandor, pórtico enorme de la Edad media, que resucita la idea de unidad imperial, reúne bajo su cetro á francos y germanos, y es coronado y llamado *Augusto* por el Papa. Engrandecido por el mismo poder eclesiástico en que fundó su trono el merovingio Clodoveo, fué Carlomagno columna y antemural de la Iglesia. Escritores recientes, empeñados en amenguar la gloria del legendario Emperador, buscan causas segundas á que atribuir el renacimiento que á él solo se debe: como si en el siglo VIII cupiese impulsar letras, ciencias y artes, sin contar con la Iglesia, su única depositaria. Iglesia y civilización eran una misma cosa; los sabios insignes que Carlomagno descubrió en diversas regiones, España, Italia, Anglo-Sajonia, para rodearse de ellos, llevaban en sus cabezas la marca eclésiástica, la tonsura. Del fondo de los monasterios salieron á la voz de Carlomagno los despojos del naufragio de la sabiduría antigua, recogidos y custodiados allí por manos piadosas. Mas el gran adelanto propio del reinado de Carlomagno, y que lo distingue de todos los anteriores, es que el bárbaro se arraiga, se hace estable, se adhiere definitivamente á la tierra subyugada por sus armas. Hasta entonces, inquieto, movible, empujado por la incógnita fuerza de que hablaba Alarico, no halla reposo; con la misma periodicidad que crecen los ríos, descienden los bárbaros á inundar á Europa; no fundan, no se paran á disfrutar lo conquistado; llegan, arrasan y se vuelven. Pero así que sobre las ruinas de la época romana comienza á alzarse otra distinta, la voz que ordenó al bárbaro andar y andar, le manda detenerse; y si antes su fuerte brazo era ariete, ahora sus hombros robustos serán base y cimiento de la nueva sociedad. Cuando ve fijarse á las aventureras tribus, concibe Carlomagno la unidad administrativa, legislativa, religiosa, anhelada por Teodorico en épocas menos propicias. ¿Qué importa ya que al bajar al sepulcro su fundador se disuelva el imperio carlovingio? Logróse el objeto principal; está organizada la Edad media.

Es la Edad media como borrosa y denegrida pintura, encubierta además por capas de denso polvo. Si queremos distinguir el asunto y que se destaquen del fondo sombrío figuras ideales y místicas con auréola dorada, es fuerza que limpiemos antes el lienzo. Adviértese al primer golpe de vista el bello conjunto de la estatua griega: mas para apreciar la hermosura del arte medioeval es fuerza que corrijan entendimiento y corazón el juicio de los sentidos. Así en cuanto á la Edad media pertenece. Acertadamente observa Görres que si estudiamos tan poético período, no con odio, sino con fe y amor, rompese la puerta de bronce que de él nos aísla, y á la luz de una lámpara mortecina ya por el transcurso de los siglos, volvemos á ver lo que produjeron los tiempos pasados. Hoy se practica el precepto de Görres. Anticipóse la imaginación á comprender la Edad media, y sobrevino el período romántico: la inteligencia siguió sus huellas, y Francia, Italia y Alemania compitieron en producir eruditos, que con pacientes investigaciones y crítica sagaz redimiesen á los siglos medios de la nota de barbarie. Si todavía no faltan autores que, arrastrados por ciega parcialidad, califiquen á la Edad media de época de tinieblas, de feto monstruoso, los doctos y reflexivos, exentos de las vulgares y mezquinas preocupaciones del *buen sentido* y del siglo XVIII, columbran al través de esas tinieblas luz clarísima, y distinguen la ventaja que lleva la sociedad bárbara al estado romano.

Señal característica de la Edad media es ofrecer al pronto, en todos sus aspectos, confusa diversidad. Definido y concreto, el arte helénico halla inmediatamente límite, mientras el medioeval, aspirando á expresar lo infinito, no cesa de excederse á sí propio y á la naturaleza en sus atrevidos arranques; y á vueltas de lo pueril y grotesco, suele acertar con lo sublime. De igual defecto de armonía adolecen las instituciones políticas que la Edad media produce: fáltales la uniformidad romana, la fijeza de las sociedades egipcias y orientales, rígidas y cristalizadas luengos siglos en una forma de gobierno; en la Edad media no hay forma que domine, y conviven todas: monarquía absoluta y mixta, república aristocrática, feudalismo ya despótico, ya patriarcal, demagogias municipales, amén de dos imperios casi siempre

en lucha, el sacerdotal y el cesáreo. Por tales indicios, nunca pudo el mundo social creerse más desviado de su centro de equilibrio, la unidad. Engañosa apariencia. Hay en la Edad media un elemento de unidad suprema: elemento no material y externo, sino interno, profundo: la idea de Cristo, que á manera de aura vivificante y sutil penetra por todas partes, inspira leyes, costumbres, artes, ciencias; columna de fuego que guía á los pueblos errantes en el desierto de Europa, y les mueve á construir y crear, en vez de sentarse afligidos sobre las ruinas que los cercan. No hay palanca más poderosa que una creencia para mover las multitudes humanas; no hay tampoco lazo más fuerte para unir las: no en vano se dice que la religión liga y aprieta á los hombres: otro tanto puede afirmarse de las razas y pueblos. Síntesis de la Edad media, la idea religiosa resuelve toda antinomia. Lucharán entre sí poderes, naciones, ciudades, monarcas: que los llame en su auxilio el Cristianismo, y veremos cómo se levantan unánimes.

Cuanto elaboró la creadora actividad de la Edad media, lleva, pues, sello cristiano: filosofía, poesía, pintura, arquitectura, ciencia, instituciones, derecho consuetudinario y escrito. Pero consideremos que si el Cristianismo imprimió dirección á la Edad media, no la formó exclusivamente; fuerzas extracristianas concurren á producirla; y, en consecuencia, no hemos de santificar sin restricción lo que de ella procede. Ni el elemento bárbaro ni el paganismo sucumbieron al ser bautizados Clodoveo y Constantino; dotados de vida tenaz, retoñando donde menos se piensa, explican la complejidad de la historia en la Edad media, los contrastes que suelen maravillar al que la estudia. Si al lado de elevadas nociones morales reinan otras que sublevan la conciencia, distingamos, inquiramos el origen de ambos fenómenos, y su explicación será lógica.

No obstante, demos también á la barbarie lo que le corresponde. Á no ser por ella, Europa decadente se estancaría, como el agua de fétida laguna; las palabras concordarían mal, pero los hechos obligan á decir: gloria á la barbarie que ayudó á civilizarnos.

Dos cosas son fruto indudable de las costumbres bárbaras: el feudalismo y la servidumbre. Al imperio carlo-

vingio sucede la anarquía feudal : comparémosla con la sociedad antigua. Se funda la organización de las repúblicas griegas y romanas en el predominio de la ciudad sobre el hombre : el Estado absorbe al individuo, la población urbana anula la agrícola, y Roma, sacando las últimas consecuencias del sistema, erige su ciudadanía en fuente única de derecho. Si alguno podían reclamar las demás ciudades, de ella lo recibían, como toman los planetas su luz del sol; desigualdad colosal, gigantesco privilegio, atestiguado por las célebres palabras de san Pablo al sentir el afrentoso azote en sus espaldas. Sólo el ciudadano romano es hombre; los demás son vencidos, esclavos; los legisladores al escribir no contaron con ellos; preciso es que vengan los juristas feudales para declarar que en su origen todo hombre es franco y libre por naturaleza. Combatiendo la centralización romana, el feudalismo dividió incesantemente : y un régimen tenido por tan opresivo é injusto fué el que hizo persona jurídica al campesino, al labrador, y lo alzó del polvo de la tierra á la libertad y á la vida. ¿Quiénes eran los labradores antes del feudalismo? Reliquias de naciones sojuzgadas, á las cuales el vencedor concedía que, en vez de ser pasadas á cuchillo, le sirviesen de bestias de carga y labor. Y esto se tuvo por cosa tan corriente, que ni á Aristóteles, ni á Platón ni á Séneca, ocurre la idea extravagante de que el esclavo goce de otros fueros que el buey, en compañía del cual suelen uncirle para abrir el surco. ¡Ay de los vencidos! Verdad que en ocasiones el ilota se alza rabioso, como acosada fiera; pero no invoca derecho alguno, pues sabe que no es capaz de él : sólo aspira á vengarse y exterminar. Para sacudir el yugo tiene un medio no más : dar vuelta á la rueda de la fortuna, acabar con los dominadores, hacerlos esclavos á su vez. Superioridad inmensa del feudalismo : no admite esclavitud : se funda en el contrato. El siervo reconoce á su señor y le rinde homenaje; mas la obligación es recíproca; el señor debe protección á su siervo; no divide insuperable valla al dueño de la tierra y al que la cultiva : antes los une estrecho vínculo, comunidad de intereses. El villano puede redimirse, ascender á otras esferas sociales; la condición del esclavo antiguo era inmutable, la del villano mejora á cada paso : del siglo IX al XI se

modifica notablemente; ya el siervo no está atado al terruño en que nació : se convierte en mesnadero ; la guerra le ennoblece, y desde vasallo, sube á hermano de armas del señor, que á su vez reconoce el deber de vasallaje, acatando al monarca. Camina así el individualismo feudal á resolverse en unidad, y asociando á los magnates al consejo regio, prelude el parlamentarismo moderno : hecho que ayuda á explicar un fenómeno de la Edad media, muy digno de estudio, á saber : el influjo extraordinario de lo que hoy llamamos opinión pública, del sentido moral en la sociedad : fuerza tan poderosa, que hasta alcanzaba á subyugar á los reyes — como sucedió, por ejemplo, á los sucesores de Ludovico Pío, estigmatizados por el trato inicuo que dieron á su padre. — No pudo el feudalismo, forma en sumo grado transitoria, consolidar debidamente la organización europea; y la Iglesia, contrapesando el gobierno individual y local de los señores con la centralización antigua, robusteció un principio más perfecto, las nacionalidades. Fundadora del derecho de gentes, de la noción de igualdad, la Iglesia pudo tolerar provisionalmente el feudalismo, nunca aceptarlo como forma duradera y justa. Después de suprimir la esclavitud, transige por necesidad con la servidumbre, mas no la consagra. Sin tregua recuerda y avisa al señor que no le pertenece ni la vida ni la honra del siervo. En no pocas cartas de emancipación de siervos, el señor se declara movido del deseo de salvar su alma y redimir sus pecados. Y en efecto el *clérigo*, limosnero ó capellán, que vive con el señor, que se sienta á su mesa, que entretiene las monótonas veladas leyendo algún interminable poema caballeresco, alguna crónica informe, ese hombre que ejerce sobre el rudo barón doble supremacía de saber y moralidad, de ciencia y conciencia, es hijo y nieto de siervo; pero la religión que profesa le enseñó el dogma de la igualdad humana, la redención, la sangre de Cristo derramada por todos los hombres sin distinción de clases : poco á poco ya se lo irá inculcando al altivo descendiente de los bárbaros.

No fueron los siglos medios edad de oro, épocas patriarcales y venturosas : importa declararlo, evitando el riesgo de embellecer y modernizar la Edad media, y mudar y desfigurar su fisonomía histórica. Lejos de fingir

una Edad media al uso de nuestros días, conviene que para entenderla, retrocedamos y aprendamos á vivir en ella; arte difícil y de pocos practicado. Convengamos, pues, en que los castillos señoriales no solían ser nidos de tórtolas, sino de buitres, y que el estado permanente del feudalismo es la violencia y el combate: que el siervo se halla á merced de un arrebato de ira; que la sierva moza y hermosa, si amaneció en su cabaña, no vive segura de no anochechar en la sombría cámara del torreón; que el mercader ó el viajero, al cruzar las lindes del dominio de algún señor famoso por su rapacidad, se encomienda al cielo, recordando que los que atraviesan aquel formidable territorio se exponen á ser colgados de los pies sobre encendida hoguera, ó torturados hasta que suelten oro para rescatar su sangre; que el naufrago, al arrojarlo las olas á la playa, halla, en vez de socorro, cautiverio y muerte; porque lo que el escollo produce, propiedad es del dueño del escollo. ¿Ni por qué han de sorprendernos tamaños desafueros, sabido el origen del derecho feudal? El señor es el bárbaro victorioso de ayer, que ya no emigra, y forzosamente estacionario, habita la porción de tierra ganada á punta de lanza. Cuando no caza ni guerrea, consúmele el tedio, y solitario por efecto de su mismo poder, lo ejerce de inhumana y desapiadada manera. Ignora las delicadezas y primores exquisitos de la opulenta vida romana: un humeante cuarto de jabalí en la ancha mesa de roble, un mediano monte de leña en la chimenea, la luz caliginosa de las antorchas de resina, son su lujo; por lo demás, suele dormir y vestir con no mayor regalo que el siervo; tiene el cuerpo curtido por su dura existencia y el entendimiento velado por la ignorancia; rapiñas y crueldades le sirven de pasatiempo, y ayudan á engañar la instintiva nostalgia de sus libres bosques. La fantasía del germano, ayer sobreexcitada por la perspectiva de la emigración, hoy ociosa en la tétrica soledad del castillo, pide alimento; mas no siempre se lo proporcionarán fechorías dignas de bandidos: habrá de hallarlo también en el espíritu caballeresco, y, señaladamente, en las Cruzadas.

Hay quien tiene por ficción poética la caballería, confundiéndola con la literatura que de ella se engendró; pero el aroma de la flor caballeresca embalsama la histo-

ria de tres siglos, del XI al XIII. No bien de la contención y lealtad bárbaras, unidas al Cristianismo, resulta el culto de la mujer y el sentimiento del honor, la caballería nace. Sus ceremonias son simbólicas y religiosas. El postulante á la orden de caballería se prepara con vigiliias, oraciones y ayunos: después comulga y se viste blanca túnica, emblema de la limpieza de su alma; sobre esta túnica suele ponerse sobrevesta roja, indicio del anhelo de verter su sangre por Cristo. Armanle caballero en nombre de Dios, de san Miguel, de san Jorge, encomendándole la honradez, la sinceridad, el desprecio de la vida, el respeto de la fe jurada: todo acompañado de preceptos entre galantes y místicos. Para el caballero, la mujer es un ente superior á la humanidad: la fe cristiana la glorificó en María, vestida del sol, coronada de estrellas, hollando con divinos pies la luna: ya el bárbaro en sus remotos bosques había visto en las profetisas y vírgenes de la tribu algo misterioso y sacrosanto. No obtuvo la matrona romana ser apreciada, sino como medio de acrecentar la república; hija de aquellas sabinas que sus esposos robaron cual robarían un saco de trigo si tuviesen hambre, no llegó nunca á conseguir entero respeto. Sus títulos de gloria son sus hijos: como la heredad, vale tanto cuanto produce; nada es por sí misma; si adquiere personalidad, es la ambiciosa Fulvia, la depravada Mesalina del poeta. En cambio la Edad media coloca á la mujer sobre el pedestal del amor desinteresado, que profesa, no como vana fórmula, sino en la vida práctica: así es que en épocas de fuerza y violencia, son confiadas á flacas manos femeniles las riendas del Estado, el cetro de la justicia; se otorgan á la mujer los derechos de heredar, de administrar sus bienes, de poseer condados y feudos, de armar á sus vasallos, de juzgar los pleitos y diferencias; con la minoría del hijo empieza la regencia de la madre; las Berenguelas y Blancas de Castilla gobiernan como esforzados varones: la dama es al par sagrada y poderosa; la musa erótica se contiene y eleva, por no profanarla. Aun en la propia inmoralidad de las *cortes de amor*, se nota cierto espiritualismo hartamente diverso de la franca y brutal corrupción romana. No hemos menester llegar hasta Petrarca para comprobar la existencia del depurado concepto senti-

mental y platónico que animó á la caballería; Petrarca pertenece ya al Renacimiento; basta que consideremos al cantor extraordinario que cierra la Edad media; poeta de carne y de sangre, positivo y realista hasta rayar en grosero, legista, filósofo, teólogo; veremos no obstante cómo recoge en su seno la rosa del amor ideal que tan presto va á marchitarse, y se declara rendido cautivo de una niña, que por vez primera divisó á los nueve años de edad, de quien siempre vivió apartado, pero á cuya vista sentía agitar sus miembros fuerte temblor, y cundir por sus potencias una llama de caridad, que le movía á perdonar á sus enemigos. Cuando el cielo reclama para sí á la hermosa Beatriz Portinari, su recuerdo alumbró el entendimiento de Dante, que por mirarla otra vez cruza los círculos temeroso del Infierno, se baña en las aguas regeneradoras del Purgatorio, y asciende á las esferas de luz del Paraíso. No es ficción poética la mujer bienaventurada: la poesía caballescica se inspira en la verdad; Beatriz existió y pisó las calles de Florencia antes de ser coronada por los ángeles en las estrofas del poema sacro; la imaginación de los trovadores no creó ritos, ideas, actos caballescicos: limitóse á rimar ó á dar contextura novelesca á la epopeya de la Edad media, la caballería, en sus tres formas: guerra, amor y religión. Ciertamente que el esplendor, la edad heroica de la caballería, fué breve: no obstante, todavía en el Renacimiento exhala su último canto por boca del cisne sorrentino; sus funerales son una lágrima de Torcuato Tasso, una sonrisa de nuestro *manco* inmortal.

Á duras penas dispensó Roma á la mujer justicia: la Edad media le concedió la gracia. Al par que el amor caballescico la exaltaba, la Iglesia la ponía en los altares, ornando su frente con el nimbo de la santidad. En el crepúsculo de la Edad media asoma, como lucero matutino, la celeste figura de la santa mujer; todavía no han comenzado á disiparse las sombras de la barbarie, cuando aparece Clotilde. Reinando Clodoveo sobre los francos, había una princesa de hermosura grande, de claro entendimiento, de firmes convicciones católicas: era sobrina del arriano Gundebaldo, rey de los burgundos. Llevó el galo Aureliano á la doncella el anillo nupcial, de parte de Clodoveo; y á despecho de su repugnancia á despo-

sarse con un pagano, Clotilde lo aceptó, movida de la esperanza de convertir á su esposo. Consiguio desde luego enamorarle, y nació de su matrimonio un niño que su madre hizo bautizar. Habiendo enfermado y muerto la criatura, dijo Clodoveo con impaciencia: — « no muriera el niño, si estuviese consagrado al Dios de mis padres ». — Á pasar de lo cual, al dar á luz Clotilde su segundo hijo, bautizólo también, y cuando enfermó á su vez, como el primogénito, Clodoveo auguró que moriría, puesto que había recibido al bautismo. Pidió Clotilde á su Dios con lágrimas y oraciones la preciosa vida del infante, y fuéle concedida; y á poco, hallándose Clodoveo empeñado en sangrienta batalla cerca de Colonia, Aureliano le dijo: — « Invoca, señor, al Dios de Clotilde, que te dará la victoria ». — Alzando las manos al cielo, Clodoveo exclamó: — « ¡ Jesús, tú á quien Clotilde me anunció como hijo de Dios vivo, tú que, según ella afirma, proteges á los desdichados, escúchame, porque te imploro; quiero creer en ti; concédeme la victoria, para que tenga fe y reciba el bautismo! » — Inmediato fué el efecto de la plegaria: la vista de su jefe invocando al verdadero Dios encendió en ardimiento á los galos católicos; el enemigo quedó ignominiosamente derrotado, y Clodoveo recibió el bautismo con tres mil guerreros de su ejército. Ésta es la leyenda de santa Clotilde, doméstica y sencilla, que se reduce al influjo ejercido en la familia por una mujer piadosa; y sin embargo representa la formación de una gran nacionalidad, una era nueva para los francos y para Europa. Clotilde sirve de precursor á Carlomagno; si éste constituye la Edad media, la Santa merovingia la anuncia.

No hubiera sido muy importante el papel de la caballería, siempre que se redujese á abstractas contemplaciones de metafísica amorosa, ó á mero ritual de honor: pero tuvo su período de acción, las Cruzadas. El gran movimiento que desplomó al Occidente sobre el Oriente, comienza á fines del siglo XI y llena el XII y el XIII: la época caballescica. Su valor histórico no pende tanto de su magnitud y duración, cuanto de que revela la unidad infundida por la Iglesia al disorde mundo feudal: las Cruzadas son el primer acontecimiento europeo: el continente percibe su propia identidad mediante el sen-

timiento que le impulsa y precipita en dirección de Asia; él fué eslabón que enlazó á pueblos tan diversos en lengua, carácter y costumbres. Y no solamente Europa, sino cada una de las naciones que la constituyen, entiende y afirma su unidad moral en tan graves y decisivas circunstancias. La expedición á Troya en busca de la hermosura física, personificada en Helena, formó — á despecho de sus lances desastrosos, — las griegas nacionalidades: los cruzados, atravesando los arenales de Palestina por rescatar el Santo Sepulcro, consiguieron otro tanto para Europa. Y porque no falte á las Cruzadas ningún signo de los que acompañan á los acontecimientos capitales en la Historia, no nacieron en la cámara del consejo de los reyes, ni en la imaginación caballeresca y sedienta de aventuras de los nobles, sino en el pueblo, de las predicaciones de un hombrecillo miserable; ni las determinaron profundas combinaciones políticas, sino el culto de las reliquias, nacido con los primeros cristianos: siendo la tumba de Cristo reliquia venerable entre todas, indignaba á la multitud verla en manos sarracenas: esta consideración era principal recurso de la tosca oratoria del tribuno católico, Pedro el Ermitaño.

Largo tiempo hacía que la cristiandad pusiera los ojos en Jerusalén. San Jerónimo y sus doctas amigas Paula y Eustaquia, san Gregorio, la emperatriz Eudoxia, el emperador Heraclio, moraron por devoción en aquellos lugares, escenario de la sacra tragedia del Gólgota; mas hasta el siglo VI, podían los cristianos fácilmente visitarlos y habitar en Palestina; Siria y Judea, pobladas y fértiles, profesaban la fe de Cristo; y el que solicitaba conocer á Belén y á Sión, no corría peligro alguno en el viaje. Á fines del siglo VI, cuando comienza á dominar en Europa el Cristianismo, nace en la Meca un niño, que pasa su solitaria juventud en el desierto, guiando camellos, y á los cuarenta años se presenta y da por profeta del Dios único, fundando la religión del Islam, ley de conquista, que prescribe á sus adeptos la imposición de la fe por medio del alfanje. Gran parte de Asia, África entera, fueron invadidas por las huestes de los creyentes de Mahoma; sus triunfadoras armas amenazaron á Constantinopla, penetraron en la península ibérica, y sólo las

contuvo, cuando ya osaban atacar las provincias meridionales de Galia, el brazo semibárbaro de Carlos, el del martillo de hierro. Mahoma, que no despreciaba la Biblia y se servía de las tradiciones hebreas, inspiró á sus secuaces veneración profunda hacia Jerusalén, que aprendieron á reverenciar por tierra prometida; y dócil á esta creencia, apresuróse Omar á emprender el asedio de la sagrada ciudad, y el patriarca Sofronio expiró de pena viendo á los infieles que profanaban con su presencia los lugares benditos. Amargo y mortal dolor que se comunicó á la cristiandad toda. Desde que los mahometanos son dueños de Jerusalén, las caravanas de peregrinos aumentan; mas no van rebotando alegría, no entonan himnos de gracias: caminan agobiados de tristeza, exhalando, como Jeremías, hondos gemidos al ver hollada y esclava la ciudad de Dios. Persuadidos de que el cautiverio de Jerusalén es castigo impuesto á las culpas de los cristianos, acuden á ella penitentes, á expiar, á sufrir; palmeros hay que cumplen el viaje descalzos, aherrojados, cabeza y hombros sembrados de ceniza; otros, al regresar á su país, renuncian al mundo encerrándose en algún monasterio. Un pobre cristiano, Leutaldo, llegado al monte Olivete, se consumió á puros ayunos y penitencias, hasta acabar con la vida. — « ¡Gloria á Dios! » — gritó al exhalar el último suspiro. Al tiempo que el nombre de Jerusalén estremecía todos los corazones, y el ansia de libertar el Sepulcro de Cristo devoraba á todos, Pedro el Ermitaño, varón exaltado y vehemente, corrió á los Santos Lugares, y después de unir sus lágrimas á las del patriarca Simeón, volvióse á Italia y fué arrebatando con su zelo, desde las turbas de siervos y mujeres á quienes predicaba en las plazas públicas, hasta el papa Urbano II.

La primer cruzada, como obra de este hombre creyente y sin más dirección que el entusiasmo, fué popular, espontánea, mal preparada y peor dirigida. La vanguardia de las informes y bisonas huestes la pasaron á cuchillo los búlgaros; diez mil cruzados perecieron bajo los muros de Niza; el ejército, ó más bien la horda reunida á las márgenes del Rhin, prefirió degollar judíos á combatir sarracenos; por último, al ponerse en marcha, tomó por guía una cabra y un ganso, sirviendo de desenlace á